

# Demogracia 30 años

*Handwritten signature*



*Teudeba*

**Huadi** es historietista, ilustrador y caricaturista. Desde los dieciséis años publica en *El día*, *El Cronista Comercial*, *La Voz*, *El Periodista*, *Sur* y en *La Nación*. Ha ilustrado libros infantiles para editoriales como Sudamericana, Centro Editor de América Latina, Alfaguara, Long Seller, Estrada, Plus Ultra, Edebé, AZ, Colihue, Aique, Bonum y en Eudeba. Obtuvo el 1° Premio ADEPA 1999 en ilustraciones y el 1° Premio SIP 2013 en caricaturas políticas.



**D**ictadores con gorras más grandes que sus cabezas (y sus cerebros). Jefes militares apiñados en una orquesta de instrumentos rotos. Un Alfonsín al que se le derrama leche hirviendo mientras sueña con el Plan Austral. SuperMenem arrobado por su corte de adulones. Yabrán con tentáculos y mirada siniestra. Menem y Duhalde como perros rabiosos. Un Kirchner que vuela como el Lúpín de la historieta. La Cristina boxeadora le pega al *punching ball* de papel de diario y desparrama letras a su alrededor.

Son situaciones que no están plasmadas solo en meros dibujos. Huadi logra siempre y queda explícito en *Democracia*, editoriales gráficos, columnas políticas hechas ilustración. Porque muchos pueden usar el lápiz o la computadora para trazar líneas o para colorear, pero no cualquiera las pone al servicio de una mirada aguda de la realidad interpretada más allá de lo visible. Huadi pone al descubierto el alma de la clase política argentina, su intimidad, su verdadera personalidad, como un artista que, armado de un plumín, descorre un velo para que accedamos al lado oscuro de una corporación tan necesaria como controvertida.

Recorrer estos trabajos permite realizar un apasionante itinerario por estos treinta años de democracia que supimos conseguir. O, al menos, supimos mantener. Los editoriales gráficos de Huadi no ponen el dedo en la llaga. Son la llaga que hace falta para acordarnos del dolor y evitar que se repita lo más dramático de nuestra historia. Como su Martínez de Hoz convertido en una maléfica serpiente orejuda que sale de un caño para sorprender a un Videla ofídico. O esos militares, encabezados por Galtieri, que van por una feta de

queso. Son dos de las muchas postales que sirven para viajar en el tiempo y que arrancan una sonrisa amarga con el valor de un “nunca más”.

El efecto que producen las caricaturas de Huadi es el mismo que el de las de Hermenegildo Sábat o las de Andrés Cascioli. Deslumbra la capacidad de síntesis de su trazo y el fuerte mensaje de sus trabajos. Entiendo por qué los militares pensaban (¿pensaban?) que las ilustraciones de ese tipo eran peligrosas, temibles, desestabilizadoras. Un dibujante es subversivo. Y debe de serlo.

Compartí muchos años de trabajo con este artista de eterno buen humor y calidez sin fin. Fui el responsable de haberle pedido sus primeras ilustraciones para las tapas del Suplemento Turismo del diario *La Nación*, en la década del noventa. Descubrí allí que Huadi no sólo dibuja sus propuestas, sino que también las vive. Tirar ideas sobre alguna escena o personaje con él es digno de ser filmado: pide opiniones, propone, gesticula, se ríe, se contorsiona, celebra, se posesiona y se entusiasma como un hombre que no puede disimular la profunda pasión por lo que hace. No es un dato menor en un ambiente en el que algunos de sus colegas parecen dioses que miran desde las alturas del Olimpo, o abúlicos oficinistas que solo garabatean lo más rápido posible para irse bien temprano a casa.

Nuestra mejor etapa de trabajo en común transcurrió durante el tiempo en que fui jefe de la sección Política, en el que nuestros *brainstorming* podían durar más de lo que exigían las urgencias del cierre. Es que Huadi obliga a profundizar, a dar precisiones, a ir más allá del detalle y así logra

redondear un concepto digno de ser dibujado. Definir a dúo una ilustración siempre fue un ejercicio fantástico de creatividad, un ida y vuelta en el que invariablemente terminábamos tentados, riéndonos de alguna situación absurda, en un ritual que nos acercaba a su versión final.

Repasando estas caricaturas uno puede confirmar su condición de visionario. Por ejemplo, Menem con espada y un escudo protector en el que aparecen los rostros de sus principales escuderos: todos ellos hoy retirados, excepto uno, el eterno Daniel Scioli. O Fernando de la Rúa y Chacho Álvarez casi pegados, de espaldas, hablando por teléfono: uno desde el sillón de Rivadavia y el otro desde la mesa de un bar, en un patético y premonitorio gesto de incomunicación.

Todavía escucho las risotadas de Huadi en plena redacción cuando me propuso, en el gobierno de la Alianza, dibujar a Domingo Cavallo con una lamparita en su frente. Una alegoría en tono irónico de sus ideas “brillantes”, que alcanzó una dimensión distinta cuando estalló la crisis del gobierno de de la Rúa: desde entonces, el ministro de Economía apareció dibujado con la lamparita rota, de donde a veces salía un humito espeso. ¿Hacia falta interpretarlo demasiado?

Esa sucesión de pequeños-grandes detalles es una marca registrada de Huadi. Como también sus variadas técnicas para dibujar. En mi etapa como jefe de Espectáculos de *La Nación*, exploré en muchas ocasiones el *collage* para las tapas del suplemento. Todavía no se habían popularizado las nuevas tecnologías, por lo que sus ilustraciones no salían fácilmente del Photoshop sino que eran un paciente trabajo artesanal de tramas superpuestas, fotos y textos.

Quizá no haya sido casual que cuando los problemas del país se agravaban, los dibujos de Huadi se tornaron más densos, oscuros y dramáticos, como pinturas perfectas de una era imperfecta. Un ejemplo: Eduardo Duhalde, en cuya enorme cabeza fueron apareciendo dibujados desde su esposa en actitud triunfal hasta un reloj de arena, pasando por alfileres y agujas clavados como en la vieja publicidad de Geniol, viró al final de su mandato presidencial hasta llegar a esa impactante ilustración en la que, cabizbajo, con aire de derrota, se encamina a bajar por una pendiente espinosa. Ese mismo tono adquiere su visión sombría de una Cristina Kirchner omnipresente detrás de un edificio de la SIDE plagado de catalejos y largavistas, de donde brota un siniestro ejército de espías. Es la misma presidenta a la que Huadi identificó a lo largo de muchas caricaturas con una coronita sobre su cabeza. No hacía falta nada más para decirlo todo. Un detalle con más carga de opinión que cualquier palabra utilizada por el mejor columnista político.

Esa dimensión del dibujo como superadora de la palabra es impactante. Un efecto que se amplía porque desde 1930 hasta 1983 muchas palabras carecieron de sentido en la Argentina. Elecciones. Voto. Urna. Padrones. Candidato. Cuarto oscuro. Voto en blanco. Partido político. Afiliado. Escrutinio. Democracia. Quizá justamente por su trágica ausencia, muchas de estas palabras han tenido más sentido que nunca. Y Huadi recupera las mejores palabras perdidas a lo largo de la historia reciente gracias a sus editoriales ilustrados. Bienvenida sea la “democracia”, ese sistema artístico-periodístico que, a fuerza de estos dibujos que pintan la aldea política argentina, nos ilumina para ayudarnos a pensar mediante una sonrisa.

**Ricardo Carpena**